

Hace ya algún tiempo que en nuestros países, hastiados de infecundos preceptismos calcados en los recetarios de D. Manuel de la Revilla, Hermosilla o Arpa y López, se advierte una reveladora inquietud por los problemas de la Teoría de la Literatura, entendida, no como una inútil Preceptiva Superior, sino como estudio filosófico y científico del fenómeno literario. No conviene, sin embargo, confundir los propósitos y los métodos de esta disciplina que anda todavía en período de formación, con la simple lucha contra el preceptismo que tuvo entre nosotros campeones como Rodó y, más moderadamente, como Pedro Henríquez Ureña y Amado Alonso. Ya Raimundo Lida advirtió alguna vez el peligro de confundir la Teoría de la Literatura con la Preceptiva, reduciéndosela con ello a una especie de Retórica y Poética vergonzante o apenas encubierta por un pomposo aparato pseudofilosófico. En aquella ocasión Lida precisó los campos del preceptismo y los de la investigación científica y filosófica de la literatura, iniciando, al mismo tiempo el estudio de la creación poética.

Pero la primera demanda moderna de un estudio científico de la literatura, apartado definitivamente de la Retórica tradicional, es, en Hispanoamérica, la formulada por Roberto Brenes Mesén. "En vista de las obras literarias de todas las épocas —escribía Brenes Mesén— crear una teoría del arte que dé cuenta de la estructura interna de todas ellas —con todo cuanto esto implica— es labor que aguarda su Humboldt, su Darwin o su Spencer. Habría que encararla sin pre-doctrinas ni pre-conceptos literarios de ninguna especie." (1) Ya existían por los años en que el escritor costarricense formulaba su demanda, esfuerzos por integrar una Ciencia

(1) Roberto Brenes Mesén. *Las Categorías Literarias*. Cuadernos de Pedagogía y otros estudios. San José de Costa Rica, s.a.

de la Literatura, de parte de los alemanes. Fué precisamente el conocimiento de esta *Literaturwissenschaft* el que indujo, algunos años después, al Dr. Roberto Agramonte a crear la asignatura de Ciencia de la Literatura —ahora denominada Teoría de la Literatura— en el plan de estudios de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Habana. La Ciencia alemana de la Literatura había producido por entonces numerosas obras, a las cuales resulta la mejor introducción el volumen colectivo de ensayos recogidos por Emil Ermatinger con el nombre de *Philosophie der Literaturwissenschaft* (Berlín, 1930), donde figura entre otros, uno dedicado por Petersen al estudio de las *generaciones literarias*, en el cual habían de basar luego estudios similares Pedro Salinas y Antonio S. de Bustamante y Montoro, con influencias, el último, de Mannheim. Sin embargo, el análisis más completo del fenómeno literario debido a la *Literaturwissenschaft* es, sin duda, el de Roman Ingarden, *Dan Literarische Kunstwerk* (Halle, 1931), cuya teoría de las capas o estratificaciones en la obra de arte literaria no por discutible deja de ser ingeniosa y sugerente. Las doctrinas de la Ciencia de la Literatura han influido en los últimos trabajos del portugués Fidelino de Figueiredo, fundador de escuela en el Brasil, y que mucho antes había iniciado tales estudios en Portugal, partiendo de la Crítica Literaria considerada como Ciencia, en una dirección en algún modo análoga a la impresa a sus conferencias por el Dr. Medardo Vitier. En Hispanoamérica la *Literaturwissenschaft* ha tenido ocasional propagandista en Ulrich Leo, a quien se deben también agudos estudios estilísticos sobre la literatura venezolana. De más está decir que la Ciencia alemana de la Literatura está, casi en su totalidad, dentro de las corrientes filosóficas dominantes en la Alemania pre-hitleriana y es casi toda ella fenomenológica o existencialista, al mismo tiempo que aprovecha las magníficas observaciones literarias de Dilthey.

Como una reacción frente a la "crítica científica" francesa, el rumano Michael Dragomirescou escribió los tres volúmenes hasta ahora publicados de *La Science de la Littérature* (París, 1928-29), pacientes todavía en alto grado del pecado retórico. Por otra parte

Dragomirescou reduce los límites de la Ciencia de la Literatura al estudio de las obras maestras consideradas como prototipos de la especie y prescinde totalmente del sentido histórico de la obra de arte literaria. Tal vez fueron éstas las razones que movieron al Dr. Aurelio Boza Masvidal a abandonar la obra de Dragomirescou en sus explicaciones de cátedra mientras explicó la Teoría de la Literatura en la Universidad de La Habana. El profesor rumano, que ha creado también escuela en Bucarest, no ha podido renunciar a los conceptos retóricos que limitan también agudos estudios franceses, como los excelentes y casi ignorados de Cl. L. Esteve. Conviene mencionar, aunque sea de paso, los realizados por Valéry, que no siempre superan el carácter de bellos discreteos sobre temas literarios.

Mucho más rigurosos, aunque no siempre acertados, son los que han venido realizándose en la Universidad de Harvard, bajo la dirección del crítico inglés I. A. Richards, quien conjuntamente con el psicólogo Ogden, ha pretendido hallar las raíces del fenómeno literario por una doble vía psicológica y semántica. Aunque no sea posible admitir las conclusiones de Richards y de Ogden, mecanicistas y no pocas veces impuestas a la realidad literaria, es justo reconocer el impulso dado por ellos a los estudios semánticos, del que es fruto significativo el reciente libro de Walpole sobre dichos problemas. Con anterioridad a Richards, ya en Harvard había realizado un bello y sugestivo estudio filosófico del fenómeno literario, Jorge Santayana, aunque su habitual tono ensayístico lo aleja de toda posible sistematización en éstos o cualesquiera otros estudios. (2).

Mucho más interesantes resultan los intentos de sistematización en que se han empeñado algunos críticos marxistas, partiendo de las dispersas formulaciones de Marx y Engels sobre el problema, y de los estudios más sistemáticos, y ya clásicos, de Mehring. El

(2) Cf. el magnífico estudio de R. Lida, *Belleza, Arte y Poesía en la Estética de Santayana*. Universidad Nacional de Tucumán. (Arg., 1943).

húngaro G. Lukcas ha escrito una *Teoría de la Novela*, tema de otro libro estimable de Ralph Fox; Lipschitz ha estudiado la Teoría Literaria de Carlos Marx, señalando sus relaciones con la Poética de Hegel, etc. Entre los escritores de habla inglesa que se acogen a un criterio marxista es conveniente señalar *Illusion and reality* (Londres, 1937) de Christopher Caudwell, y, entre otros muchos, las interesantes aportaciones a la filosofía de la forma literaria de K. Burke. Estos libros, sobre todo el de Caudwell, se caracterizan por el rigor y agudeza del análisis, lo cual está muy lejos de constituir la nota dominante en libros como *El deleite de la Poesía*, recientemente traducido al español, en el cual el norteamericano Max Eastman vuelca toda la acritud de su resentimiento político y toda su incompreensión literaria —descendiente directa de *Literatura y Revolución*, de Trotzki— sin preocupación ninguna por el rigor científico.

Todos estos estudios, de unas y otras escuelas, y muchos más que es imposible citar en la brevedad obligada de un artículo, constituyen aproximaciones a la Ciencia o a la Teoría de la Literatura, sin que abarquen todavía los diversos y complejos aspectos de la misma. Con actitud análoga a ellos y aun con más ambicioso afán de síntesis, sistematizador, se han acercado al problema varios investigadores en México. Estos intentos van desde el análisis parcial, de la novela, en vías de realización por José Luis Martínez, hasta el propósito de fundamentar de una manera estable tales estudios, por Alfonso Reyes. Entre ambos extremos hay que situar los trabajos de Agustín Yáñez, que en su curso de Teoría de la Literatura de la Universidad Nacional Autónoma, trata de rastrear —como entre nosotros Vitier— los principios de la nueva disciplina en las doctrinas estéticas, en este caso las de Taine. Sin embargo, sin que sea inútil esa investigación, que, por el contrario, resulta indispensable labor previa, no constituye ella, como veremos, el objeto de la Teoría de la Literatura.

El primer intento de dejar fundada de un modo estable la

Teoría de la Literatura está contenido en *El Deslinde*, de Alfonso Reyes. (3) En este libro, como advierte el propio autor en su prólogo, culminan los estudios realizados por él en torno al problema literario y reunidos sobre todo en tres obras anteriores que constituyen verdaderos antecedentes de *El Deslinde: La Crítica en la Edad Ateniense, La Antigua Retórica y La Experiencia Literaria*. En las dos primeras Reyes ha pasado revista a todo lo que la antigüedad clásica sostuvo sobre el fenómeno literario, y en la última recoge los frutos de su propia experiencia de escritor, exponiendo los problemas que la creación literaria le ha ido planteando.

Frente al fenómeno literario —advierte Alfonso Reyes al comienzo de *El Deslinde*— caben dos posturas diversas: la *activa*, que es la del creador o productor de la obra poética, y la *pasiva*, correspondiente al lector, auditor, etc., es decir, al que pudiéramos llamar con Valéry, el consumidor de la obra poética. El estudio de la postura activa no es de la competencia de esta obra que se refiere sólo a una de las fases de la postura pasiva. Esas fases están agrupadas por Reyes en dos órdenes, en la forma siguiente:

“1) En el orden particular, encontramos aquellas fases pasivas propiamente críticas, o que se enfrentan con los productos literarios determinados, esta obra, o este conjunto de obras. Tales son la impresión, el impresionismo, la exegética o ciencia de la literatura y el juicio. Teóricamente, las tres primeras se encaminan al juicio”.

“2) En el orden general, encontramos aquellas fases pasivas que, hasta donde ello es humanamente posible, contemplan la literatura como un todo orgánico. Tales son la historia de la literatura, la preceptiva y la teoría literaria”.

“A la sola enumeración de estas siete especies, y aun antes de definir las, ya se entiende que ellas se relacionan entre sí por radiaciones y atracciones.”

(3) Alfonso Reyes. *El Deslinde. Prolegómenos a la Teoría Literaria*. El Colegio de México, México, D. F., 1944.

Entre esas fases pasivas en el orden general, “la teoría literaria, finalmente, es un estudio filosófico y, propiamente, fenomenológico. Si la exegética no hubiera usurpado para sí el título de ciencia de la literatura, tal título podría convenir también a la teoría, bien que el término “ciencia” sugiere ya un sentido de aplicación práctica, de que la teoría se dispensa. (4) Pedir a la teoría literaria una crítica concreta sobre tal o cual obra, es pedir recetas culinarias a la química. La teoría es la contemplación más desinteresada frente a la postura activa en su totalidad, entendida ésta como rumbo mental, como sesgo noético y contenido noemático, como agencia del espíritu. Considera las principales formas de ataque de la mente sobre sus entes u objetos propuestos: función dramática, función épica o narrativa y función lírica, las cuales no han de confundirse con los géneros a ellas circunscritos, que son meras estratificaciones de la costumbre de cada época. Toma en cuenta la materia o lengua, su esencia emocional, intelectual y fonético-estética, y su naturaleza rítmica en el verso y en la prosa; el carácter sustantivo oral y el accidente adjetivo de la escritura, y sus mutuos reflujos, la condición popular o culta de formas e imaginaciones y sus mutuos préstamos y cambios; lo tradicional y lo inventivo, como maneras psicológicas. Y todo ello, en puro concepto de descripción, de visión (“teoría”), que no debe derivar normas ni proponer cortapisas sobre las evoluciones posibles o aun las súbitas mutaciones futuras. Pero la literatura no sólo es una agencia mental abstracta (lo literario), sino también un proceso que se desarrolla en el tiempo, una suma de obras que aparecen día a día. De modo que el tronco de la teoría literaria, en sus ramificaciones más finas, no conoce límites —así cuando llega a la descripción de los géneros—, y tiene que descender sin remedio a consideraciones históricas. La teoría literaria también tiene que descender sin remedio a la preceptiva, pero

(4) A pesar de lo afirmado por Reyes, no conviene olvidar que, como hemos hecho notar antes, la Teoría Literaria ha usado en más de una oportunidad y en diversos países el nombre de Ciencia de la Literatura y hasta el de Filosofía de la Literatura, que parece ser el preferido por los escritores de habla inglesa.

sólo en cuanto examina y valora las nomenclaturas que ésta propone y su correspondencia con las realidades literarias. Tales incursiones en campo ajeno deben discretamente administrarse de acuerdo con las necesidades de los propios objetivos teóricos. Esto es la teoría literaria”.

Completando esta larga exposición del objeto de la teoría literaria, más adelante insiste el autor: “no negamos historicidad a la literatura, pero creemos que ella admite una abstracción fenomenológica que ni es de orden específicamente psicológico ni tampoco de orden preceptivo. Esta abstracción es la teoría literaria. Quien dude de que pueda llevarse a esta abstracción el estudio de la literatura, todavía podrá aceptar nuestro libro— sin compromisos de doctrina— como una descripción metódica y organizada de los fenómenos más generales de la literatura en su relación con las disciplinas más cercanas”.

Este es, en realidad, el objeto y el contenido del libro, y aunque ello parezca obvio, conviene advertir que el análisis fenomenológico propuesto y practicado en él nada tiene que ver con los procedimientos, también fenomenológicos, de los partidarios de la crítica estilística, tan en boga en estos instantes, según los patrones de Spitzer o Robert Petsch, renovadores de fórmulas anteriores de Vossler, Bally y hasta de Croce. Lo que en este caso se ha propuesto Alfonso Reyes es ofrecernos, como explica él mismo, “una fenomenología del ente flúido”, es decir, la reducción del fenómeno literario a sus límites esenciales, o, para usar sus propias palabras, “el primer paso hacia la teoría literaria es el establecer el deslinde entre la literatura y la no-literatura”. Lo cual realiza él en siete etapas sucesivas en las cuales examina lo sustantivo y lo adjetivo en el fenómeno literario y sus relaciones con otras actividades del espíritu.

La primera etapa del deslinde está constituida por el examen de la función ancilar. “Entendemos por función ancilar —explica Reyes— cualquier servicio temático o noemático, sea poético, sea

semántico, entre las distintas disciplinas del espíritu”. (5) Servicio que puede ser de dos tipos: “a) directo, préstamo de lo literario a lo no literario; y b) inverso, empréstito que lo literario toma de lo no literario”. Desarrollando este sugestivo tema, que ya había esbozado en un artículo anterior, (6) A. R. estudia todos los tipos existentes de préstamos y empréstitos y los clasifica en ocho diferentes que reagrupa luego en dos cuadros de “tipos ancilares literarios” y “tipos de voluntad ancilar”, según los grados de la “voluntad del servicio”; intencionales, indiferentes, violentos.

Precisados todos los aspectos de la función ancilar, continúa el deslinde partiendo, esta vez, del enfrentarse de la mente con la realidad. Reyes señala que “cuando la mente se planta ante sus datos investigando la esencia absoluta, tenemos la teología; cuando investiga el ser, tenemos la filosofía; cuando investiga el suceder, la historia y la ciencia; cuando expresa sus propias creaciones, la literatura”. De este cuadro han de salir las consiguientes etapas del deslinde. Primero ataca Reyes lo que titula “primer tríada teórica: historia, ciencia de lo real y literatura”, o sea, deslinde de la literatura de los órdenes del *sucedere real*. Ya desde el comienzo de esta etapa del deslinde esquematiza el autor las notas más generales de los miembros de la tríada:

(5) A fin de orientar al lector no familiarizado con el vocabulario de *El Deslinde*, transcribimos estos párrafos aclaradores del mismo:

“En toda obra de pensamiento hay que distinguir: 1o. el movimiento noético de la mente hacia sus objetos; 2o. la noemática o conjunto de objetos mentales propuestos. Estos, para nuestro fin actual, se reducen a temas. Los temas pueden ser a su vez: a) temas formales, de expresión o lenguaje; b) asuntos mentados”.

“A falta del barbarismo “asúntica”, será para nosotros “semántica” el asunto mentado por la expresión verbal o poética; sin importarnos que este empleo de la palabra corresponda o no con todo rigor al que suelen darle el lógico y el filólogo. Poética: manera verbal. Semántica: materia significada”.

(6) Alfonso Reyes. *La literatura ancilar, en Filosofía y Letras*. México, enero-marzo de 1941. pp. 108-110.